

Nuevos fisioterapeutas de la Universidad Mariana: ¡Bienvenidos a este reto de amor y entrega al mundo!

Eliana Lizbeth Rodríguez Saavedra
Docente programa de Fisioterapia
Universidad Mariana



Foto archivo: Diseño e impresión UNIMAR

Sin duda, los sueños del ser humano son directamente proporcionales a la capacidad de amar que hay en el corazón. Un corazón que no ama, difícilmente podrá soñar.

Con estas palabras quiero iniciar este pequeño reconocimiento a aquellas personas que hace algunos años le apostaron a un sueño que muy seguramente nació del deseo de servir a la sociedad mediante una profesión que trasciende las fronteras de la ciencia, para permitir ver en el otro, el sufrimiento, su dolor, su tristeza, su soledad: la Fisioterapia.

Sí, mis colegas; eso es precisamente ser Fisioterapeuta; es poder encontrar la felicidad en la sonrisa de nuestros pacientes; es saber que nuestra tarea está cumplida cuando sus ojos recobran el brillo que la enfermedad les ha arrebatado, sin importar qué tan largo o efímero en tiempo sea su paso por este mundo. Ser fisioterapeuta enmarca una misión tan sagrada como la vida misma, porque aunque no damos la vida, si ayudamos a recuperar su color, su magia y la esperanza representada en nuestras manos. Todo esto es lo que ustedes experimentarán y que probablemente no encontrarán en los libros.

Si bien surgen de nuestros labios muchas respuestas cuando alguien nos pregunta ¿qué hace un fisioterapeuta? y tal vez tengamos claro lo que científicamente implica este campo de la salud, nunca olvidemos el verdadero sentido de nuestra carrera: que jamás el éxito o el poder se pongan por encima de esa gracia maravillosa de haber escogido una profesión en la que indudablemente los protagonistas no somos nosotros sino los pacientes; en la que más allá de emitir un diagnóstico, paso a paso, nos hacemos testigos junto con ellos, de ese proceso de recuperación, de la mano del sacrificio y la perseverancia. Es ese tiempo compartido el que verdaderamente nos enriquece, nos hace grandes y se vuelve bendito a su lado.

Finalmente, recordarles que no quería que pasara este tiempo, sin hacerles saber como docente, mi gran admiración hacia ustedes, egresados y futuros egresados. Sepan que confiamos en sus capacidades y que creemos firmemente que llevarán siempre digna y humildemente este título que con gran esfuerzo y dedicación han alcanzado. Que Dios preceda cada una de sus acciones y bendiga cada paso y nuevo reto que emprendan. Acá está su universidad, que seguirá siendo su casa y que siempre tendrá las puertas abiertas para acogerlos y brindarles lo mejor.